

Era el día más caluroso del año. Solo el Fantasma estaba fuera, al sol; solo el Fantasma y su perra. Ambos se arrastraban por la calle mayor de Liberty, levantando remolinos de polvo con los pies, como si la tierra estuviese en ebullición.

Aún no era mediodía y ya se registraban cuarenta grados. Pero el Fantasma llevaba puesta su gorra de cuero con forro de piel, una gorra de piloto de una guerra terminada dos años atrás. La gorra le llegaba hasta las cejas y tapaba sus orejas, las bamboleantes correas rozándole el cuello.

Era un muchacho delgado, blanco como la tiza, como una figura de yeso vestida con ropas arrugadas. Llevaba unas gafas redondas de cristales oscuros que parecían sendas monedas pintadas sobre sus ojos. Y a través de ellas, él veía un mundo siempre borroso, y que a veces temblaba en la negrura de los cristales. Desde las plantas de los pies hasta la coronilla, su piel era como de chocolate blanco, sin tan siquiera una peca. Hasta sus ojos eran de un azul tan claro que parecían transparentes, como gotas de lluvia o tembloroso rocío.

Miró, solo un momento, por encima de las gafas. Ya se veía un jirón de humo por el oeste, deslizándose sobre la pradera. Pero el Fantasma no se apresuró; nunca lo hacía. No se había perdido la llegada de un tren desde hacía más de cien sábados.

Volvió la esquina de la farmacia con su perra de color miel siguiéndole. Ambos se dirigían hacia la vía del tren, hacia la pequeña estación que una vez había sido de un rojo resplandeciente y ahora estaba descolorida por el sol. Tres minutos antes del mediodía tomaba asiento en el banco del desierto andén, y la perra se refugiaba debajo buscando la sombra.

El Fantasma dejó el palo y el bote, y se limpió el sudor que goteaba por el borde de la gorra. El sudor había oscurecido la parte superior, dibujando una especie de bonete.

El jirón de humo se fue acercando. Se transformó en nubecillas color crema. El tren silbó a la altura del campo de Batsford, al inicio de la larga curva que llevaba hasta Liberty por encima de Rattlesnake. El Fantasma levantó la cabeza, y sus delgados y pálidos labios se alinearon en algo que no era ni una mueca ni una sonrisa.

-Va a parar -le dijo a su perra-. Ya lo verás.

Grande y negra, con los pistones soltando vapor, la locomotora apareció a la salida de la curva. Arrastraba un coche correo y un único vagón con un ronquido apagado, chirriando las ruedas. El banco vibraba sobre sus patas metálicas.

-Sé que va a parar -repitió el Fantasma.

Pero no paró. El tren pasó por delante de él soltando una ráfaga de vapor, un remolino caliente que pegó a sus mejillas las correas de su casco. Y ese sábado del mes de julio, como tantos otros sábados que él podía recordar, Harold el Fantasma parpadeó a su paso y dejó escapar un triste suspiro que nadie pudo oír. Luego recogió el palo y el bote, y echó a andar camino del río Rattlesnake.

Aquel palo era su caña de pescar y lo llevaba sobre el hombro. Una cuerda colgaba por detrás, con un flotador de madera balanceándose a la altura de sus rodillas. La vieja perra abandonó la sombra para seguirle, tan pegada a él que el flotador le

golpeaba continuamente la cabeza. Pero al animal no parecía importarle; habría soportado cualquier cosa con tal de estar cerca de su amo.

Subieron la cuesta de entrada a Main Street y tomaron hacia el este, más allá de los ruinosos edificios cubiertos de polvo. Sus ventanas eran las pizarras para los graffiti juveniles, todas ellas recubiertas de caras o corazones con nombres garabateados: Bobby quiere a Betty; Betty quiere a George. Nadie quiere a Harold. Y en el ventanal del Café de May había un poema escrito con renglones torcidos:

Él es feo y es estúpido  
Seco como un poste es él  
Es anormal y es idiota  
Harold el Fantasma es.

A la sombra, debajo de una ventana, estaba una mujer sentada en una silla de patas delgadas junto a un hombre de piernas delgadas sentado en una mecedora. Harold los miró desde la otra acera y oyó claramente la voz de la mujer:

-Ahí va -dijo. Nunca he visto a nadie más pálido.

Él no alcanzó a oír el comentario del hombre, solo la respuesta de la mujer:

-¡Pobre chaval albino!

El hombre masculló algo; la mujer cloqueó como una gallina:

-¡Dios bendito! Va hacia el río, está claro. A la poza donde se meten los baptistas.

La cabeza baja, arrastrando los pies, Harold salió del pueblo camino de la pradera. Los edificios fueron quedando a su espalda hasta no ser más que un conjunto marrón y plata. Y en la extensa llanura, él era una pequeña mancha con la mancha aún más pequeña de la perra siguiéndole. Andaba tan despacio que las plantas rodadoras le adelantaban, aunque el día estaba en calma. Al cabo de una hora llegó a Rattlesnake.

En realidad, el Rattlesnake tenía de río lo mismo que Liberty de ciudad. El Rattlesnake no corría por la pradera; se arrastraba por ella. Hacía como un perro viejo en un camino tortuoso, buscar la sombra en cuanto podía. Pero era el único río que Harold Kline había visto, y a él le parecía grande. Chapoteó siguiendo la corriente unos cientos de metros más abajo hasta llegar a su recodo favorito, donde las orillas eran lisas y cubiertas de hierba. Allí se sentó, y la perra se tumbó a su lado. Puso una lombriz en el anzuelo y lanzó el flotador. Se hundió, volvió a salir a flote, se ladeó y se enderezó, como un pequeño saltador de trampolín que encontrase el agua demasiado fría. Un par de insectos acuáticos se acercaron al flotador para echarle un vistazo, y luego se alejaron.

La perra se quedó dormida al instante. No había recorrido muchos kilómetros en el último año, pero, por las contracciones de sus patas, debía de estar correteando en sueños.

-¿Hacia dónde corres? -preguntó Harold el Fantasma. Su voz era tenue-. Supongo que a Oregón. Estás corriendo por los bosques, ¿verdad? Corres buscando el frescor y la sombra, pobre vieja.

Levantó la vista hacia el sol, una ardiente mancha blancuzca a través de sus gafas.

La perra iba allá donde iba Harold. Por eso a él le parecía lo más natural que soñara con los mismos lugares que él soñaba.

-Iremos allí -dijo, tumbándose de espaldas. La hierba y el agua y el azul del cielo formaban una agradable confusión de colores a su alrededor.- Es posible que David llegue en el próximo tren. O en el siguiente. Y él nos llevará lejos de aquí. Ya lo verás.

El sol parecía estar flotando en la poza del Rattlesnake, un pequeño disco blanco quebrado por ramas y hojas. Harold lo miraba de reojo, pendiente del flotador que, de repente, se había sumergido en el río. Tiró de la cuerda, pero no había nada; y cuando lo recogió, comprobó que la lombriz se había esfumado.

Echó mano al bote y sacó otra lombriz, disgustado al ver cómo se retorció al sentir el anzuelo. Su hermano le había insistido en que los gusanos no sienten dolor. 'Tranquilo, Harold', le había dicho. 'Los gusanos no tienen cerebro, ni corazón, ni nada.'

Pero aun así no podía evitar una mueca al oír el chasquido cuando el anzuelo la atravesada.

-Lo siento -dijo a la lombriz. Y esperó antes de lanzarla al agua soles flotando en la charca, hasta que se dio cuenta de que estaba contemplando su propia cara, rota en tiras blancas por las ondas del anzuelo.

Le sorprendió verse a sí mismo; nunca se miraba en los espejos. Jamás miraba los cristales de las ventanas, los objetos reflectantes, o cualquier cosa que le recordara su palidez.

-¡Dios mío! - exclamó, y volvió la cabeza. El reflejo se multiplicaba en la charca. Entonces, tiró del flotador y metió sus manos en el río, hundiéndolas hasta el fondo.

Las aguas, turbias por el polvo de la pradera, dieron a sus manos un tono más oscuro. Se miró los dedos, deformes por la refracción, pero del color más bello que había visto, y deseó que aquel fuera su color auténtico. Hundió más los brazos, y más todavía, hasta que las mangas quedaron flotando casi a la altura de sus hombros. Luego tomó puñados de aquellas aguas marrones y se las echó por encima; vertió agua por sus piernas y su cabeza, y el agua resbaló por la gorra, chorreando por su cara y salpicándole las gafas.

No oyó al caballo acercarse. Las patas se movían por la hierba tan sigilosamente que ni siquiera la perra se despertó. Entraron en el agua, y el caballo bajó la cabeza para beber en el Rattlesnake.

-No quiero agitar el agua - dijo el jinete.

Harold se levantó, chorreando. Era un caballo alazán con manchas blancas en las rodillas, y en lo alto de su lomo el jinete formaba ondas negras y rojas. Harold ladeó la cabeza para ver con mayor claridad; cuando miraba las cosas de frente, no las veía claras.

-Cada uno es como es -sentenció el jinete-. Algunas cosas no pueden cambiarse.

Era un indio, viejo y arrugado. Su rostro estaba cuarteado por el sol. Lucía un tocado de plumas que, por la grupa del caballo, llegaba hasta los ijares. Montaba sobre una manta, sin silla, y sus piernas estaban forradas de ante, sus pies calzados con mocasines. Empuñaba una larga lanza de cuyo extremo superior colgaban mechones de pelo negro y plumas de águila con las puntas blancas, todo anudado con lana carmesí. Bien podía haberse escapado del cuadro sobre los últimos momentos del general Custer colgado en el bar del Hotel Liberty. De alguna forma, parecía haber cabalgado a través del tiempo.

-¿Quién eres? -preguntó Harold. La perra seguía dormida.

-Me llamaron Trueno que Despierta -respondió el viejo indio. Sonrió-. Pero suelen llamarme Bob.

-¿De dónde vienes?

-¿Importa de dónde puede venir alguien? -preguntó él a su vez.

-Entonces, ¿adónde vas?

-Con el circo.

Harold hizo un gesto de extrañeza. No recordaba que un circo se hubiese detenido alguna vez en Liberty.

-¿Qué circo? -preguntó.

-Hunter y Green -aclaró el viejo indio-. El Circo Ambulante Hunter y Green.

-No ha pasado por aquí.

-A veces yo voy por delante -explicó el viejo indio. Se inclinó, apoyando el codo en el hatillo que sujetaba entre los muslos-. Tienes ahí un buen pez, hijo.

El flotador estaba casi sumergido. Solo asomaba el extremo, deslizándose inclinado por la charca. Harold tanteó buscando el sedal, y cuando lo encontró fue tirando de él, mano tras mano, cegado por el reflejo del sol en el agua. Un pez grande se agitaba al extremo del anzuelo, boqueando, y Harold lo dejó caer sobre la hierba. La perra se despertó por fin para olisquearlo. Cuando Harold levantó la vista, el viejo indio había desaparecido.

Subió la pendiente y miró al este, luego al oeste, hacia las difusas rodadas de una vieja carreta. Y a lo lejos, en la antigua ruta, estaba el viejo indio, una difusa silueta con plumas y cabelleras. El caballo alazán braceaba entre las hierbas, destacando sus patas blancas.

Aquellas rodadas tenían cientos de años. Harold sabía que podría seguir las durante todo el camino hasta Oregón, cruzando campos y ciudades, subiendo colinas y montañas, atravesando bosques de pinos. Y vio alejarse al viejo indio con un sentimiento de tristeza y deseo.